

EL ASISTENTE

Los lunes hace bien convertirse en el Correcaminos, bip, bip y dejar el polvo en la cara de los demás. Sentirse líder, para no sentirse inveterado. La calle y él. El pedal hasta el fondo. La adrenalina de esquivar uno y otro coche. Y escapa a uno y otro y otro y un perrito se cruza justo al pasar el cuarto y el perrito queda remolineándose en el suelo, quejándose en la sangre hasta que cae inerte. Él sonrío, solo una buena sonrisa distingue a los magnates.

Prende la radio para escuchar al menos una voz, para ablandar la soledad. Llega a la oficina y se entretiene viendo a la secretaria, perfecta en su minifalda. Él mismo la eligió, a la secretaria y al uniforme. Contempla sus piernas, los muslos cruzados como compuertas que impiden que el río se desborde. Observa sus senos tratando de escapar de la blusa y el pelo avalanchándose sobre los hombros. Siente en el aire el calor de su ninfomanía, la carne de los labios, las ganas de morderla. Y se acerca, como encendido, frenético...y solo alcanza a decirle: "Limpie el escritorio. Por favor". Después queda resignado, tratando de entender por qué no desnudarla frente al mundo, por qué no libar de sus senos, la sal.

Él es el asistente del asistente del Director. Él es un asistente, aún cuando se desprende del trabajo se dedica a servir. Sirve a su madre que vive en su misma casa. Ella no hace más que darle órdenes a gañidos desde una silla de ruedas. La contempla con furia, con la mirada deletérea y después...con languidez agacha la cabeza, dejándose derrumbar con las injurias, soportando el incesante eco en su cabeza. Muchas veces pensó en matarla, asfixiarla con una toalla, arrojarla por las escaleras hasta que los malditos rayos se le clavaran en los ojos, ver la sangre desparramada por el piso y después beberla en una copa como al más exquisito de los vinos. Pero no, eso no, aquella sangre estaba envenenada.

Caminaba con la soberbia de los reyes aunque no era más que un esclavo de su propia cobardía. Hacía caso de todas las órdenes del jefe, tratando de sonreírle a la cara aunque le diera asco aquel rostro mofletudo, repleto de migas, de grasa de bizcochos, exigiendo que, hiciese el trabajo que él no pudo hacer por fornicar con la secretaria, su amada secretaria, la de los senos de sal. Quería sepultarlo, saltar sobre el repugnante abdomen hasta que reventara la grasa de los pómulos, las tetas inmundas de su rechonchez. Pensaba que si lo acuchillaba, sería el asistente del director, el líder de la oficina, el amante de la secretaria de los senos de sal.

Un lunes, sintió que el aire estaba cambiado y como cada lunes paso por la habitación de su madre y luego a la oficina. Estaba tranquilo. El auto iba muy despacio, pavoneando por la rambla. Llevaba una botella de vino, la miró de reojo y sonrió. Solo una buena sonrisa distingue a los magnates.

Al llegar a la oficina se dio cuenta de que su secretaria, la de los senos de sal, no había llegado al trabajo, ¿dónde estaría? ¿Acaso con el tonel asistente del director?. No podía ni pensarlo, de solo imaginarse los dedos enormes machacando aquellos senos, el sudor hediondo del elefante mientras su secretaria se sacudía sobre los muslos rollizos...No!. No podía pensarlo. En ese instante, la catarata de la cisterna le obsequió un respiro. Ella estaba en el baño, tan cerca, tan solo al fondo a la derecha. Se armó de coraje y se adentró a los confines prohibidos del baño de damas. Tranco la puerta en una desesperación irracional, la tomó de las nalgas y la sentó en la pileta. La despojó de su ropa íntima sin sacarle la minifalda. Ella se entregó completa, como si hiciera ya mucho tiempo que esperaba ese momento. Él se desabrochó el pantalón y se alzó en un vaivén rígido, fuerte, tratando de conquistar los dominios que siempre debieron ser suyos. La miraba desafiante. Sus manos viajaron por entre la blusa y la desabotonó total

de un solo tirón. Bebió de los senos la salitre que tanto ansiaba y la sed le lustraba la piel con el sudor. La invadió con su fuerza y estalló en un grito de alivio, de total calma.

Se mojó la cabeza en la pileta mientras ella quedó rendida en el suelo, apaciguada en un ronroneo conforme. Se miró al espejo, con las manos dibujó un arco en su cabeza, de adelante hacia atrás. La gomina de la mañana todavía podía darle rigidez a su estilo. Luego sonrió. Solo una buena sonrisa distingue a los magnates.

Ya en su oficina tomó la botella de vino del escritorio, se acomodó la corbata y se dirigió hacia la oficina del asistente del Director. Allí estaba el elefante, devorando una porción de postre, con el merengue salpicado sobre los mostachos negros, los cachetes de globo rojo bailaban al compás de la masticación. Él se acercó y cortésmente dijo:

- Feliz cumpleaños, Señor. Le traje este vino de regalo, no sé si será de su agrado el Cabernet.

El gordo asintió sin palabras, tiró el agua de la copa que tenía para acompañar el postre a la papelera y dejó caer el vino brutalmente, tanto que las gotas mancharon de lunares violáceos la camisa blanquísima del asistente. Miró al mamut con desprecio y en medio de una sonrisa brutal sentenció...:

- No se preocupe, Señor. Se lava.

La copa paseó en una circunferencia perfecta alrededor de aquella nariz inmensa. Luego bebió el vino en tres sorbos. La nuez picaba vigorosa. Trató de aflojarse la corbata porque un vaho húmedo parecía sofocarlo. El sudor le llovía sobre las sienas. La gigantesca cabeza se incendiaba en una asfixia roja. La transpiración aumentaba. El aire faltaba y allí mismo se desplomó en un estruendo. El edificio vibró en un diapasón.

El asistente punteó el estómago del elefante. Estaba muerto, muerto con la sangre envenenada en su envase de Cabernet. Miró la botella a medio acabar y recordó que tenía que volver a su casa a limpiar la marea granate bajo la escalera. Poner en una bolsa

de residuos el cráneo y los ojos de su madre, desechos por la silla de ruedas. Fue increíble verla caer, desplomarse en una avalancha de huesos descontrolados. Ahh! Qué placer recordar la sangre envenenada salpicada en las paredes.

Entonces sonrió, solo una buena sonrisa distingue a los magnates.

